

JUBILEO DE LA MISERICORDIA

Cuadernillos para la reflexión



Papa Juan Pablo II

LA MISERICORDIA EN EL PAPA JUAN PABLO II

**Exhortación Apostólica
Reconciliatio et Paenitentia**

Parroquia Nuestra Señora de Loreto
Comunidad San Agustín de Canning

Presentamos en este fascículo un resumen de la Exhortación Apostólica *Reconciliatio et Paenitentia* (1984), del papa Juan Pablo II: ¹

Hablar de reconciliación y penitencia nos remite al inicio de la predicación de nuestro Señor Jesucristo: *Convertíos y creed en el Evangelio*,² esto es, acoged la Buena Nueva del amor.

La Iglesia, en el ansia por comprender mejor al hombre y al mundo de hoy, dirige sobre ellos una mirada atenta, preocupada y esperanzada. Descubre numerosas, profundas y dolorosas divisiones entre las personas, grupos, naciones y bloques de países. En la raíz existen conflictos por desigualdad, antagonismos ideológicos, contraposición de intereses, divergencias tribales y discriminación social y religiosa. Estas divisiones, en lugar de resolverse a través del diálogo, se agudizan en la confrontación, desgarrando nuestro mundo hasta en sus mismos cimientos. Esta desintegración se muestra en realidades dolorosas evidentes: la conculcación de los derechos fundamentales de la persona humana, hasta el derecho a la vida, el menoscabo de la libertad de los individuos y las colectividades, incluyendo la libertad religiosa, la discriminación racial, cultural, religiosa, la violencia y el terrorismo, la tortura, la onerosa carrera de armamentos, la distribución cada vez más inicua de las riquezas del mundo.³ Mismo en la Iglesia se detectan signos de división: además de las escisiones existentes hace siglos entre las Comunidades cristianas, en algunos lugares nuestra Iglesia experimenta divisiones causadas por la diversidad de puntos de vista y de opciones en lo doctrinal y pastoral, que a veces parecen incurables.

No obstante, en los hombres de buena voluntad y en los verdaderos cristianos existe un inconfundible deseo de recomponer las fracturas, de cicatrizar las heridas, una verdadera nostalgia de reconciliación, tan fuerte como los factores mismos de división.

La Iglesia identifica la raíz de tanto mal en aquella herida en lo más íntimo del hombre, que llamamos pecado; el pecado original que llevamos desde el nacimiento como herencia, y el pecado que cada uno comete, abusando de su libertad. Con dedicación de Madre e inteligencia de Maestra, la Iglesia busca anunciar aquella reconciliación que llega hasta las raíces de la laceración primigenia del pecado, lo cura y restablece el principio eficaz de toda verdadera reconciliación.

Conversión y reconciliación, tarea y empeño de la Iglesia

Como relata la parábola del padre misericordioso,⁴ todo hombre puede identificarse con el hijo menor: tentado a separarse del Padre y vivir independientemente; caído en la tentación; desilusionado por el vacío que deja la falsa fascinación; solo, deshonrado, explotado mientras buscaba construirse un mundo para sí; atormentado, y deseoso de volver a la comunión con el Padre. Dios, padre misericordioso, anhela su regreso, lo abraza a su llegada y festeja la reconciliación con un banquete. El hijo pródigo representa a aquellos que descubren en el fondo de su propia conciencia la nostalgia de una reconciliación total y sin reservas, que sólo es posible si brota de una primera y fundamental reconciliación con Dios, de infinita misericordia.

¹ Puede encontrarse el texto completo de la exhortación en www.vatican.va.

² Mc 1, 15.

³ cf. Juan Pablo II, Discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, III, 1-7.

⁴ cf. Lc 15, 11-32.

Al mismo tiempo, todo hombre es el hermano mayor. El egoísmo lo hace celoso, duro de corazón, cerrado a los demás y a Dios. La benignidad y la misericordia del Padre lo irritan y enojan; la felicidad por el hermano hallado tiene para él un sabor amargo. También él tiene necesidad de convertirse para reconciliarse. Esta perspectiva describe la situación de la familia humana dividida por los egoísmos, y reclama una profunda transformación de los corazones y el descubrimiento de la misericordia del Padre y la victoria sobre la incomprensión y las hostilidades entre hermanos.

Cuando el hombre, empujado por el Maligno⁵ y arrastrado por su orgullo, abusa de su libertad y enfrenta a su Señor y Padre, provoca un desorden en su interior y rompe la armonía entre hombre y mujer, y entre hermanos.⁶ La narración del Génesis y la parábola del padre misericordioso nos dan a entender que en la raíz de las divisiones de la humanidad está el rechazo al amor paterno de Dios.

Pero Dios, *rico en misericordia*,⁷ espera a sus hijos, los busca, los encuentra en su pena, los llama a reunirse en torno a su mesa en la alegría del perdón y de la reconciliación. Dios tiene la iniciativa de la reconciliación en Cristo redentor. *Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, seremos salvos en su vida. Y no solo reconciliados, sino que nos gloriamos en Dios Nuestro Señor Jesucristo, por quien recibimos ahora la reconciliación.*⁸ En Cristo, el Padre ha reconciliado consigo todas las criaturas, las del cielo y las de la tierra.⁹ El misterio pascual debe hacernos recordar que la dimensión *vertical* de la división y de la reconciliación, la que refiere a la relación hombre-Dios, prevalece siempre sobre la dimensión *horizontal*, la realidad de la división y necesidad de reconciliación entre los hombres.

Hoy, la humanidad vive la reconciliación realizada en Cristo mediante la eficacia de los sagrados misterios celebrados por su Iglesia. Su existencia misma de comunidad reconciliada testimonia en el mundo la obra de Cristo. Además, como guardiana e intérprete de la Sagrada Escritura, transmite a cada generación el designio amoroso de Dios e indica los caminos de la reconciliación universal en Cristo. Por último, los sacramentos, actualizando el misterio de la Pascua de Cristo, son fuente de vida para la Iglesia y, en sus manos, instrumentos de conversión a Dios y de reconciliación de los hombres.

En la misión de reconciliar el mundo con Dios, Iglesia del cielo, Iglesia de la tierra e Iglesia del purgatorio están misteriosamente unidas en cooperación con Cristo. Por la oración, nos unimos a Santa María y a los Santos, que gozan de la gloria de Dios y sostienen con su intercesión a sus hermanos peregrinos en el mundo. Por la predicación, la Iglesia dice en nombre de Cristo: *reconciliaos con Dios*,¹⁰ y denuncia la malicia del pecado con amor de Madre. Por la acción pastoral, además, la Iglesia devuelve a cada hombre al camino del retorno al Padre en comunión con los hermanos. Finalmente, el testimonio, es signo de la caridad universal que Jesucristo dejó como herencia a sus seguidores, y se traduce en frutos de conversión y de reconciliación dentro y fuera de la Iglesia, con la superación de las tensiones, el perdón recíproco, y el crecimiento del espíritu de fraternidad y de paz en el

⁵ Sab 2, 24.

⁶ Gn 3, 12-13, 4, 1-16.

⁷ Ef 2, 4.

⁸ Rom 5, 10-11; cf. Col 1, 20-22.

⁹ cf. Col 1, 20.

¹⁰ 2 Cor 5, 20.

mundo entero.

El amor más grande que el pecado

El cristiano está llamado a superar con los *ojos iluminados*¹¹ de la fe, las consecuencias del pecado, que son motivo de división y de ruptura en el interior de cada hombre y en los diversos círculos en que él vive: familiar, ambiental, profesional, social, como narra la página bíblica sobre la ciudad de Babel y su torre.¹² Afanados en la construcción de un símbolo y centro de unidad, aquellos hombres se encuentran más dispersos que antes, confundidos en el lenguaje, divididos entre sí. ¿Por qué falló aquel ambicioso proyecto? ¿Por qué *se cansaron en vano los constructores*?¹³ Porque los hombres habían puesto como señal y garantía de la unidad sólo la obra de sus manos, olvidando la acción del Señor. Optando por la sola dimensión horizontal del trabajo y de la vida social, prescindieron de la dimensión vertical, la raíz en Dios, su Creador y Señor, fin último de su camino.

Exclusión, ruptura, desobediencia a Dios; a lo largo de toda la historia humana esto ha sido y es bajo diversas formas el pecado, que mediante un acto de su libertad desconoce el dominio de Dios sobre la vida. En el misterio del pecado hay una clara relación causa-efecto: El pecado, como rechazo de la criatura hacia quien la creó y la mantiene en vida, es un acto suicida. Al rechazar su fuente de unidad, el equilibrio interior del hombre se rompe y se desatan dentro de sí contradicciones y conflictos. Así desgarrado, el hombre provoca casi inevitablemente una ruptura en sus relaciones con los otros hombres y con el mundo creado. Las repercusiones y señales del desorden interior pueden comprobarse en tantos momentos de la psicología humana, la vida espiritual y la vida social. En la narración del *primer pecado*, tras la ruptura con Yahvé el hombre y la mujer se sienten culpables y se acusan el uno al otro;¹⁴ más adelante, un hermano le quita la vida a otro.¹⁵ En Babel la consecuencia del pecado es la desunión de la sociedad. El misterio del pecado se compone de esta doble herida, que el pecador se causa y causa en el prójimo. Por ser el pecado una acción de la persona, tiene sus primeras y más importantes consecuencias en el pecador mismo, debilitando su voluntad y oscureciendo su inteligencia. Pero, en virtud de una solidaridad humana tan misteriosa e imperceptible como real y concreta, así como *toda alma que se eleva, eleva al mundo*,¹⁶ cada alma que se abaja por el pecado abaja consigo a la Iglesia y al mundo entero. En este sentido, todo pecado individual es pecado social.

¹¹ cf. Ef 1, 18.

¹² cf. Gn 11, 1-9.

¹³ cf. Sal 127 (126), 1.

¹⁴ cf. Gn 3, 12.

¹⁵ cf. Gn 4, 2-16.

¹⁶ Elisabeth Leseur, *Journal et pensées de chaque jour*, Paris 1918, p. 31.



La Torre de Babel

Pieter Brueghel "El viejo" (1525 - 1569).
Óleo sobre madera de 114 x 154 cm, realizada en el año 1563.
Museo de Historia del Arte de Viena, Austria.

Ahora bien, hay algunos pecados propiamente sociales, por constituir una agresión directa contra el prójimo: es social el pecado contra el amor del prójimo,¹⁷ contra la justicia, contra los derechos de la persona humana, contra la libertad, la dignidad y el honor del prójimo. Es social todo pecado contra el bien común y sus exigencias. Puede ser social el pecado de obra u omisión de dirigentes políticos, económicos y sindicales, que no se empeñan con sabiduría en el mejoramiento de la sociedad según las exigencias y las posibilidades del momento histórico; así como por parte de trabajadores que no cumplen con sus deberes de presencia y colaboración. También la lucha de clases es un mal social, como la contraposición obstinada de bloques entre Naciones, grupos dentro de la misma Nación. La Iglesia sabe y proclama que los pecados sociales son fruto de la acumulación de muchos pecados personales: de quien engendra, favorece o explota la iniquidad; de quien, pudiendo limitarla, es cómplice, indiferente, temeroso o perezoso frente a ella. Las verdaderas responsabilidades son de las personas. Por eso, al denunciar los pecados sociales, la Iglesia busca llamar a las conciencias de todos para que cada uno tome su responsabilidad en cambiar seria y valientemente esas nefastas realidades.

En cuanto a la gravedad del pecado, el Magisterio de la Iglesia distingue los pecados en mortales y veniales. Llamamos pecado mortal al acto mediante el cual un hombre, con libertad y conocimiento, rechaza a Dios, su ley, la alianza de amor que Dios le propone, prefiriendo volverse a sí mismo, a alguna realidad creada y finita, a algo contrario a la voluntad divina

¹⁷ cf. Mt 22, 39; Mc 12, 31; Lc 10, 27-28.

(*conversio ad creaturam*). Esto puede ocurrir de modo directo y formal, como en los pecados de idolatría, apostasía y ateísmo; o de modo equivalente, en los actos de desobediencia a los mandamientos de Dios en materia grave. Este acto, que ofende gravemente a Dios y rompe su relación vital con el hombre, termina por volverse contra el mismo hombre con una oscura y poderosa fuerza de destrucción. Si en el camino del amor de Dios el hombre se detiene o se distancia, sin por ello abandonar la vida de Dios, es el caso del pecado venial.

A lo largo de las generaciones, la conciencia cristiana ha adquirido el llamado sentido de Dios y sentido del pecado, una aguda percepción de los fermentos de vida y de muerte en cada aspecto de la vida del hombre. Si bien no se puede apagar completamente el sentido de Dios, ni la conciencia, ni el sentido del pecado, en nuestro tiempo es posible detectar un notable eclipse de la conciencia, y junto a ella, una pérdida del sentido del pecado. Este es un asunto inquietante en cuanto que la conciencia, *el núcleo más secreto y el sagrario del hombre*,¹⁸ *está íntimamente unida a la libertad (...), base de la dignidad interior del hombre y, a la vez, de su relación con Dios.*¹⁹ En palabras de Pío XII, *el pecado del siglo es la pérdida del sentido del pecado.*²⁰

La atenuación del sentido del pecado deriva de ciertos elementos de la cultura actual. El secularismo, especie de humanismo que propone construir un mundo sin Dios, hace culto del hacer, del producir, del consumir y del placer. Sin el sentido de la ofensa a Dios toda conciencia de los valores humanos es vana e inconsistente, y el mundo así construido acaba por volverse contra el hombre.²¹ También, hay equívocos a partir de ciertos resultados de la ciencia humana, como la liberación de culpa de la psicología, la “culpa colectiva” de la sociología, o el condicionamiento ambiental de la antropología. Por su parte, el relativismo historicista relativiza la moral y vincula cualquier acto del sujeto con sus circunstancias. Este problema de *los fundamentos y los criterios de la actitud moral*,²² amortigua el sentido del pecado hasta el punto que se sabe que existe el pecado, pero no se sabe quién lo comete. Otro elemento de confusión es la identificación errónea del pecado con la mera culpa o la transgresión de normas y preceptos legales. Por último, algunas tendencias en el seno de la Iglesia no ven pecado en ninguna parte, ocultan toda doctrina sobre la pena merecida por el pecado, o en nombre del respeto a la conciencia suprimen el deber de decir la verdad. Esto es un mal en sí mismo y por la confusión que genera en las conciencias la divergencia de opiniones y enseñanzas en materia doctrinal y pastoral sobre cuestiones delicadas de la moral cristiana.

Para afrontar la grave crisis espiritual que afecta al hombre de nuestro tiempo, la Iglesia busca restablecer el sentido justo del pecado, restableciendo los principios inderogables de razón y de fe que la doctrina moral de la Iglesia ha sostenido siempre, a través de una buena catequesis, una recepción fiel del Magisterio de la Iglesia, y una práctica cuidadosa del Sacramento de la Penitencia.

¹⁸ Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, núm. 16.

¹⁹ Juan Pablo II, Ángelus del 14 de marzo de 1982.

²⁰ Pío XII, Radiomensaje al Congreso Catequístico Nacional de los Estados Unidos en Boston (26/10/1946).

²¹ cf. Juan Pablo II, Encíclica *Redemptor hominis*, núm. 15.

²² Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de la Región Este de Francia (01/04/1982), núm. 2.

El pecado, misterio de iniquidad, es vencido por un misterio de la piedad introducido por Dios en la historia humana para vencer el pecado y la muerte eterna. Este misterio de la piedad es Cristo: su Encarnación su pasión, muerte, resurrección y glorificación. Este misterio ha sido y es capaz de penetrar hasta las raíces más escondidas de nuestra iniquidad, para suscitar en el alma la conversión, redimirla e impulsarla hacia la reconciliación. A la piedad de Dios hacia el cristiano debe corresponder la piedad del cristiano hacia Dios, acogiendo el misterio, contemplándolo y sacando de él la fuerza espiritual necesaria para vivir según el Evangelio. El cristiano recibe el mandato de no pecar, de liberarse del pecado, de comportarse como *hijo de Dios*, y para ello cuenta con la presencia interior del mismo Cristo, *simiente de Dios: todo el nacido de Dios no peca [...], el maligno no le toca.*²³ *Quien ha nacido de Dios no comete pecado, porque la simiente de Dios permanece en él.*²⁴



Moisés recibiendo las Tablas de la Ley

João Zeferino da Costa (1840 - 1916)
Óleo sobre tela, 1868. Museo Nacional de Brasil

Así, la conversión y reconciliación son valores cristianos concretos a conquistar en nuestra vida diaria. Ante todo, debemos escuchar la advertencia de San Juan: *Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros,*²⁵ porque *el mundo todo está bajo el maligno.*²⁶ Pero el alivio nos viene de la misericordia del Señor, que no se para ante nuestro pecado, no se echa atrás ante nuestras ofensas, sino que se hace más solícito y generoso.

La pastoral de la penitencia y de la reconciliación

La Iglesia, continuando la obra redentora de Cristo, tiene la misión de suscitar en el corazón del hombre la conversión y la penitencia y ofrecerle el don de la reconciliación, a través de una pastoral con funciones ministeriales concretas.

²³ 1 Jn 5, 18-19.

²⁴ 1 Jn 3, 9.

²⁵ 1 Jn 1, 8.

²⁶ 1 Jn 5, 19.

En virtud de su misión de *iluminar a todo el orbe con el mensaje evangélico y de reunir en un solo Espíritu a todos los hombres (...)*, la Iglesia debe ser *señal de la fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero*. Por el diálogo, la Iglesia busca llevar a los hombres a la conversión y a la renovación en Cristo. Este diálogo reclama no eludir la verdad, sino presentarla serenamente, con profundo respeto por la inteligencia y conciencia ajenas, con paciencia y gradualidad. En el seno de la misma Iglesia, para que las normales tensiones no dañen la unidad, es menester abandonar puntos de vista subjetivos y buscar la verdad en la Palabra divina y en la interpretación auténtica del Magisterio de la Iglesia. Bajo esta luz, la escucha recíproca, el respeto, la paciencia, se podrá dar en la Iglesia un diálogo constante, decidido y sincero, para así llamar a la reconciliación a otras Iglesias, otras religiones y al que busca a Dios con corazón sincero. Mediante la actividad de la Santa Sede, la Iglesia además busca colaborar con la superación de los conflictos y con la concordia, en una situación de división y guerras que amenaza la armonía de las Naciones y la misma supervivencia de la humanidad. Los Obispos, en sus Iglesias particulares y en las Conferencias Episcopales, con la colaboración de todos los miembros de las Comunidades cristianas, están llamados a promover un diálogo de reconciliación y paz. Y en comunión con sus Pastores, los seculares, que tienen como *campo propio de su actividad evangelizadora el mundo vasto y complejo de la política, de la realidad social, de la economía... de la vida internacional*,²⁷ son llamados a comprometerse en el diálogo para la reconciliación. En la regeneración de los corazones por la conversión y la penitencia radica el fundamento para cualquier renovación social duradera y para la paz entre las naciones.

Una adecuada catequesis para la reconciliación y la penitencia debería transmitir fielmente cada uno de estos aspectos. La Biblia es una fuente riquísima para encontrar el verdadero sentido de la reconciliación, en la necesidad de restablecer en Cristo la alianza con Dios. Al mismo tiempo, Jesús insiste mucho en la necesidad de reconciliarse con el hermano.²⁸ Conversión significa cambiar radicalmente la actitud del espíritu para volverlo a Dios. Al hombre contemporáneo parece que le cuesta más que nunca hacer penitencia, es decir, reconocer los propios errores, pedir perdón, volver sobre sus pasos y rectificar la marcha. La penitencia cristiana debe estar inspirada por el amor, en un verdadero esfuerzo por crucificar al *hombre viejo* para que pueda renacer el *nuevo*, por obra de Cristo. La cultura de nuestro tiempo frecuentemente agrade, desafía, turba y obscurece lo más íntimo y sagrado del hombre, que es su conciencia. La teología del Concilio Vaticano II contiene preciosas indicaciones²⁹ para una catequesis sobre la conciencia y su formación. Otros puntos importantes que se esperan de los Pastores para una catequesis adecuada son el sentido del pecado, la tentación, el ayuno, la limosna y los novísimos, además de la preciosa aportación de la doctrina social de la Iglesia, que ilumina el campo de las relaciones humanas y la convivencia social con el mensaje divino sobre la persona, la familia y la comunidad, la libertad, la justicia y el bien común.

Cada sacramento es a su modo signo de penitencia y reconciliación. También existen variadas formas de penitencia, en la Misa, en diversos ritos, en las peregrinaciones y el ayuno. Sin embargo, la más significativa, la divinamente más eficaz, elevada y al mismo tiempo

²⁷ Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, núm. 70.

²⁸ cf. Mt 6, 12; cf. Mt 5, 43 ss. cf. Mt 18, 21-22.

²⁹ cf. Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, núms. 8. 16. 19. 26. 41. 48.; cf. Declaración *Dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa, núms. 2. 3. 4.

accesible, es el sacramento de la Penitencia. Dios misericordioso, que envió a su Hijo no para condenar al hombre, sino para perdonarlo y salvarlo,³⁰ confirió a los Apóstoles, hombres pecadores, el poder de perdonar los pecados por la acción del Espíritu Santo: *Recibid el Espíritu Santo; a quien perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos.*³¹ El Pastor, actuando *in persona Christi*, nos hace presente a Cristo que es quien perdona nuestros pecados.

El ministerio de la Penitencia es exigente, aunque es también uno de los más hermosos. Su ejercicio requiere del confesor prudencia, discreción, discernimiento, firmeza moderada por la mansedumbre y la bondad. Además, requiere una preparación seria y cuidada, integral y armónica, en teología, pedagogía y psicología, en el diálogo y en el conocimiento vivo y comunicativo de la Palabra de Dios. Pero más

necesaria es una vida espiritual intensa y genuina, de modo que el confesor recorra primero el camino de perfección cristiana por el que guiará a los demás. Nada de esto se adquiere sin esfuerzo: Grandes Santos han salido de los confesionarios, y con ellos ha crecido el patrimonio espiritual de la Iglesia y se ha impregnado la cultura del espíritu cristiano. Honor al silencioso ejército de los buenos ministros de la Penitencia sacramental.

Por mandato de Cristo, el Sacramento de la Penitencia es el *camino ordinario* para que el cristiano obtenga el perdón y la remisión de sus pecados graves cometidos después del Bautismo. No hay sentido, pues, en pretender recibir el perdón prescindiendo de este Sacramento. Asimismo, para su validez, la confesión requiere *examen de conciencia*: confrontar la conciencia con la ley moral interior, las normas evangélicas, con Cristo, maestro y modelo de vida, y con la llamada del Padre al bien y a la perfección. Habiendo reconocido el propio pecado, es necesaria también la *contrición*, un rechazo claro y decidido del pecado cometido, unido al propósito de no volver a cometerlo.³² Esta contrición es el alma de la



Particular del "Tríptico de los siete Sacramentos", donde se contempla el Sacramento de la Reconciliación

Rogier van der Weyden (1399 - 1464)
Óleo sobre tabla de roble, h. 1450.

³⁰ cf. Jn 3, 16-17; 1 Jn 3, 5. 8.

³¹ Jn 20, 22; Mt 18, 18.

³² cf. Concilio Ecueménico Tridentino, Sesión XIV *De sacramento Paenitentiae*, cap. IV: De contritione.

conversión, que nos acerca a la santidad de Dios, a nuestra propia verdad interior, nos libera y nos llena de la alegría de ser salvados,³³ que la mayoría de los hombres de nuestro tiempo ha dejado de gustar. En el momento de la absolución, el pecador contrito y convertido entra en contacto con el poder y la misericordia de Dios, el principal ofendido por el pecado, y por la misteriosa intervención del Salvador tiene lugar la *resurrección* tras la *muerte espiritual*, con el perdón de todo pecado. Finalmente, la satisfacción, que puede ser alguna acción de culto, caridad, misericordia o reparación, es signo del compromiso personal que el cristiano asume ante Dios de comenzar una existencia nueva. El fruto más precioso del perdón obtenido en este Sacramento es la reconciliación con Dios, que deriva en la reconciliación del penitente en el fondo más íntimo de su propio ser, con los hermanos, con la Iglesia, con la creación. La vida espiritual del cristiano depende, para su calidad y fervor, de la asidua y consciente práctica del Sacramento de la Penitencia.³⁴

Conclusión

En el nuevo mandamiento del amor mutuo; el deseo y el compromiso de unidad; las bienaventuranzas de la misericordia y de la paciencia en la persecución por la justicia; el devolver bien por mal; el perdón de las ofensas; el amor a los enemigos. En estas palabras y conceptos está la síntesis original y trascendente de la ética cristiana, de la espiritualidad de la Nueva Alianza en Jesucristo. Confiando en que la Trinidad Santísima haga germinar en la Iglesia y en el mundo esta pequeña semilla, os invito a volver los ojos al corazón de Cristo, signo elocuente de la divina misericordia, nuestra paz y reconciliación, para recibir el empuje interior a fin de detestar el pecado y convertirse a Dios, y encuentren en ella la benignidad divina que responde amorosamente al arrepentimiento humano. Que por intercesión de María, la *aliada de Dios* en la obra de la reconciliación,³⁵ la humanidad misma descubra y recorra el camino de la penitencia, el único que podrá conducirlo a la plena reconciliación.

El Señor es bondadoso y compasivo,
lento para enojarse y de gran misericordia.

Salmo 145, 8



³³ cf. Sal 51 (50), 14.

³⁴ cf. Concilio Ecuménico Vaticano II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, núm. 18.

³⁵ cf. Juan Pablo II, Discurso en la Audiencia General del 4 de enero de 1984.

Jubileo Extraordinario de la Misericordia

8 de diciembre de 2015 – 20 de noviembre de 2016

